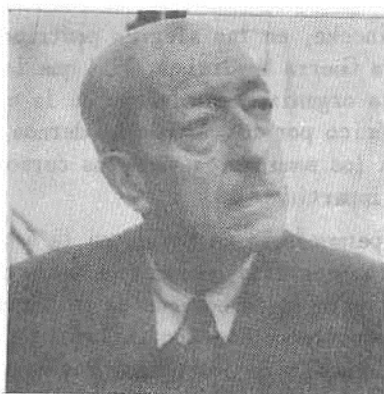




Don LUIS A. PUGA ROJAS

(1886 - 1974)

La personalidad de don Luis A. Puga es, sin duda, una de las más representativas y de acción más profunda en el proceso educacional universitario, y podríamos afirmar, haciendo justicia, que fue el verdadero organizador de los Departamentos de Historia y Geografía en el seno de la Facultad de Filosofía y Educación.

Nacido en Chillan, vino muy joven a Santiago para abrazar la carrera de las armas que lo atraía como firme vocación juvenil. Fue alumno de la Escuela Militar pero las secuencias de la Revolución de 1891 en el establecimiento, frustraron su iniciada carrera, conservando si toda su larga vida un afecto profundo a la institución.

Sin medios de fortuna, costeándose con su propio trabajo las clases, ingresó pronto a la Universidad de Chile y siguió paralelamente los estudios de Derecho en la Escuela de Leyes y los de Pedagogía en Historia y Geografía, en esa segunda promoción egresada con honores del Instituto Pedagógico, plantel en que reinaba la disciplina y la responsabilidad ética profesional, introducida por los severos maestros alemanes.

Profesor y abogado, inició su brillante carrera pedagógica en el Instituto Nacional que dirigía con prestancia Luis Nepomuceno Espejo, destacándose de inmediato con su colega y amigo don Julio Montebruno López en el cultivo y enseñanza de las disciplinas elegidas. El Consejo Universitario, aguilatando su labor renovadora lo asoció a las Comisiones Permanentes de Exámenes que tenían en esa época vital importancia como elementos de control de las materias enseñadas y en la responsabilidad docente nacional.

El Ministerio de Educación, con la vista puesta en el futuro, lo comisionó para que prosiguiera en beneficio de la enseñanza superior, sus investigaciones en Europa, al mismo tiempo debía auxiliar al Ministro de Chile en Alemania, don Augusto Matte en la adquisición del material didáctico requerido para la modernización de la enseñanza científica y humanística.

En la Universidad de Berlín, en la época en que predominó el historicismo

objetivo de Federico Meinecke, en las alegres postrimerías del Imperio Alemán y el inicio de la Primera Guerra Mundial de 1914 que lo desplomara, don Luis A. Puga se compenetró, de la organización alemana de la enseñanza y de la superación del verbalismo retórico por los métodos modernos basados en el ejercicio del criterio personal en los seminarios y en los cursos bibliográficos y metodológicos de la ciencia impartida.

Al mismo tiempo su permanencia en París, en la secular Sorbonne, lo inclinó hacia el cultivo de la geografía humana que había desarrollado Vidal de la Blache, sin olvidar los principios básicos de De Martonne. En esta bi-valente formación intelectual encontramos también influjos del nacionalismo optimista del historiador Ernest Lavisse y de los principios heurísticos que había sintetizado en su diaria labor del prof. Charles Seignobos.

Al regresar a Chile con motivo de la Guerra Mundial, su personalidad estaba formada, y muy luego ingresaría a la Escuela de Leyes como profesor de Historia del Derecho, disciplina renovada en su realidad hispánica por Eduardo Hinojosa al que consideraba su maestro y al Instituto Pedagógico en la cátedra recién creada de Historia Documental de América que había regentado transitoriamente nuestro bibliógrafo y polígrafo don José Toribio Medina y don Alejandro Fuenzalida Grandón.

La labor que realizó el profesor Puga en el Departamento de Historia y Geografía fue medular y trascendente. Gracias a sus desvelos y conocimientos pudo formar una biblioteca básica que completaba los fondos de la del Instituto Nacional, donde hasta 1924 en que fuera vandálicamente destruida, debía concurrir obligatoriamente los alumnos para sus lecturas e investigaciones controladas.

Con el apoyo de los Rectores de la Universidad de Chile, Decanos y Directores pudo realizar en primer término la división en dos departamentos de las disciplinas hasta entonces unidas por propósitos didácticos. Dividió en unidades especializadas las cátedras fundamentales englobadas hasta esa fecha en la enseñanza unitaria de una historia de la civilización. Dio importancia a los estudios de la Prehistoria Americana y Chilena y contrató al Director del Museo don Ricardo E. Latcham para los ramos de etnografía y arqueología en un nivel universitario.

En el nuevo Departamento de Geografía, además de los cursos monográficos, introdujo la práctica de la investigación en el terreno mismo para lo cual contrató los servicios del profesor alemán don Juan Bruggen.

Había logrado así encauzar, sin separar las dos tareas fundamentales de la educación universitaria, tal como la había soñado don Andrés Bello, su primer Rector: la docencia y la investigación..

Este proceso llevó a la división de la estructura de la Facultad y a la creación lograda por otro gran maestro, don Darío Salas, de un Instituto Pedagógico a la manera de un Hochschule o un College y un Instituto Superior de Humanidades, nivel superior para la formación académica del docente universitario. Esta tarea que parece fácil a la distancia del tiempo transcurrido la realizó El Prof. Puga con una modestia ejemplar. Nunca aspiró a cargo representativo alguno, sino que impulsó, conservando su anonimato, esas fundamentales reformas de espíritu y de acción creadora, olvidando los cambios burocráticos que retardaban el progreso universitario.

Era a la sazón don Luis A. Puga una individualidad fuera de serie. Dotado de una memoria prodigiosa, había adquirido una erudición extraordinaria. Dominaba la historiografía americanista y sus apuntes de clase que guiaron a múltiples generaciones y que nunca quiso editar, fueron una preciosa guía para aquellos que aspiraban a la comprensión profunda de los acontecimientos más que a la memorización de una serie de hechos. Poseía un saber sistemático. Sus investigaciones estaban dirigidas por una lógica inflexible, manejada con inteligencia y seguridad. Supo transmitir estos acontecimientos y las memorias y tesis que dirigiera figuran con honor en el caudal de la historiografía chilena. Poseía elocuencia, basado en un dominio castizo del idioma, fruto de sus lecturas hispánicas. Sabía evocar y resucitar dentro de esa técnica a lo Michelet en boga. En la enseñanza de la geografía, el maestro era el mapa que él hacía hablar en sus clases impartidas con método. Gustaba de las síntesis panorámicas y gracias a ello pudo conducir a sus múltiples alumnos al campo restringido de la investigación profunda del especialista. Escribió poco, pero su acción personal dejó impronta imborrable.

Dotado de un ingenio agudo, espiritual y repentista, en la tertulia de su casa en la calle San Diego, a la vera de sus grandes amigos, Gualterio Bianchi, los hermanos Montebruno, sus vecinos Bernardo Salinas, don Pedro Aguirre Cerda, etc., desplegaba sus dotes de ameno cronista. Se recuerdan todavía como magistrales sus respuestas, intervenciones y remitidos de legítimo humorismo. Su cultura musical se centraba en la ópera. Formaba parte de esos corrillos de la "cazuela" del Teatro Municipal, en que sentaba cátedra por sus vastos conocimientos del bel canto y de los divo y divas que había escuchado en Europa.

Su figura realzaba su aspecto carismático viril. Corpulento, de facciones acentuadas por una estructura angulosa, la inteligencia parecía concentrarse en su mirada que intimidaba de momento por su fuerza, pero que luego se dulcificaba por su caballerosidad y su generosidad de espíritu. Sabía mandar pero sin estridencias y fueron muchos los alumnos que debieron parte de sus triunfos a los consejos que les supo dar este hombre de bien, sincero y generoso.

Siempre recordará la Universidad de Chile, su alma mater, en especial en este campus en que vivió su casi centenaria existencia, su aporte cotidiano a la juventud estudiosa. Formó los cuadros que aseguraron la continuidad de su obra silenciosa y renovadora, dio, carácter científico a las cátedras, y su figura franciscana en su atuendo, mereció el respeto renovado de todos los que lo conocieron, y por eso, seguirá siendo el símbolo encarnado de una actividad creadora y formativa que él, con su esfuerzo y su sacrificio personal, supo elevar a un nivel superior en el conjunto de la cultura patria.

Eugenio Pereira Salas.